

## EL TALISMAN PERDIDO

Una vara de virtudes  
tuve yo.  
Yo tenía un talismán  
mágico.  
Era amuleto  
y piedra filosofal.  
Cuanto mi vara tocaba  
irradiaba claridad  
de poesía.  
¡Yo tenía un talismán!

No era magnética gema  
de Ocultismo  
Ningún mago me lo dió.  
Tampoco era sabia ofrenda  
de un doctor  
que supiera de la Alquimia  
y de la Magia.  
Fué mi Dios  
misericordioso y bueno  
quien de él me hizo donación.  
¡Ay, talismán que yo tuve!  
¡Talismán que tuve yo!

¡Qué bella vida vivía  
con él!  
La prosaica faz  
de las cosas,  
transmutaba  
en oro  
su mezquina calidad.  
El mundo en torno,  
—árbol, casa, viento, nube,  
y la linfa de cristal  
del arroyuelo, que canta  
su canción de eternidad—,  
era dulce  
y bello  
como en un cuento oriental.

¡Ya no lo tengo!  
Caminando  
por los senderos del vivir,  
—siempre anda que te anda—  
lo perdí.  
Ya todo es triste  
y duro, y torvo  
desde que el cuervo del dolor  
—surgiendo de las injusticias—  
ha hecho nido en mi corazón.  
Ya nada tiene la transparencia  
ni la dulzura  
del ayer.  
Fugaz tesoro encantador,  
¿te fuiste para no volver?

¿Que cuál era mi talismán?  
Tú también  
lo tuviste  
y un mal día lo perdiste  
como yo.  
Mi talismán  
no era obra de Nigromancia;  
fué dulce gracia sin aliño.  
Era... ¡sentirme niño  
en el mundo dichoso en que vive  
[la infancia!]

Una vara de virtudes  
tuve yo.  
Yo tenía un talismán  
mágico.  
Era amuleto  
y piedra filosofal.  
Cuanto mi vara tocaba  
irradiaba claridad  
de poesía.  
¡Yo tenía un talismán!...

ADOLFO MAILLO

## LA ULTIMA CORRIDA

( CUENTO )

S ON las cinco de la madrugada. Junio. Extremadura.  
Abandonándose, indolente, sobre un amplio diván, Mercedes,  
la gentil condesita de X., contempla a través de la enorme cristalera  
de su elegante «boudoir» la delicada fiesta de colores suaves que es  
este amanecer maravilloso...

Veintiún años. Blanca y rubia; flexible, espléndida escultura de  
mujer moderna y extremeña. Las pupilas de sus ojos verdes efluvian  
la luz como en ondas intermitentes; luz fría y enigmática a veces,  
a veces apasionada y dulce, opaca a ratos, como tras una tenue  
humedad de llanto...

Suspira. Cierra los ojos con fuerza, deslumbrada acaso por las  
refulgencias que va encendiendo el sol en el horizonte lejano... Lue-  
go entona a media voz una canción flamenca:

«Copla que sales del alma  
y vas sola por el aire,  
¿por qué cantas en la noche,  
si no ha de escucharte nadie?».

Una voz de hombre vibra en la estancia.  
—¡Olé!—Mercedes salta del diván.  
—¿Tú, Enrique?  
—Yo.—Frente a frente, se miran largamente a los ojos, mientras  
las manos, trémulas, se buscan y se entrelazan inconscientes. Enri-  
que es un hombre de unos veintiocho años, fuerte, seguro de sí mis-  
mo. Apostura y contorno de verdadero aristócrata sin afectación.  
Ahora, por las pupilas de Mercedes cruza una ráfaga de luz fría.  
—Claro... Así, sin una mala carta.  
—¿Y para qué quieres las cartas? ¿No vengo yo mismo?  
—¡Quita!... ¡Témpano! ¡Inglés!  
—Inglés nacido en Triana y acristianado en la parroquia del Sal-  
vador.  
—Sí... Criado en Londres y mal educado en Cambridge...  
—Sigue, niña... Y que tomó la alternativa de «toreador» en Cór-  
doba y, hoy por hoy, es el amo de los ruedos, aunque me esté mal  
el decirlo. (Enciende un pitillo)—¿Y tu padre?  
—Estará levantándose. Te esperaba ayer.  
—¡Hija de mi vida! (Derrumbándose sobre un sillón)—Me caigo  
a chorros de sueño.  
—Figúrate, la noche éntera al volante.

—Debías irte a dormir.

—No, ahora no. Tengo que ver los toros cuanto antes. En seguida otra vez aquí, junto a mi condesita ¿no es ésto?... La encuentro un poco enfadada... No importa... Cuando vuelva, mientras tomo un buen baño, ella irá preparando para su «toreador» ese desayuno de gloria que estas manos tan lindas saben hacer. Luego, a dormir hasta la hora de la corrida, y sea lo que Dios quiera.

—Bueno. Ahí tienes a papá. (Mercedes se levanta por no dejar traslucir la ternura que la embarga tan dulcemente).

—Vaya, hombre. Ya era hora. (El conde y Enrique se abrazan. El conde es un aristócrata culto y sencillo, joven y fuerte aún, con sus cincuenta y tantos años rebosantes de simpatía).

—Calle usted, don Ricardo. Ya le contaré.

—Nada de contar. Ahora a dormir, porque esta tarde...

—De ningún modo. Ahora a ver el ganado. Tengo abajo el coche.

—Pues, andando. Verás que corrida... Algo exquisito. Lo mejor que tenía en el campo.

—¿Qué menos para tí? (Inician la salida. Mercedes coge las manos de Enrique).

—No me lo entretengas, papá. Se muere de sueño el pobrecillo.

—Acabaráis de daros ese beso, o qué? (Ríe el conde desde la puerta).

—¡Por Dios, papá! ¡Qué cosas dices! (Toda encendida de rubor, suelta las manos de Enrique).

—Entonces dámelo a mí. Nos lo repartiremos por el camino. (Besa a Mercedes y sale con Enrique).

## II

Las últimas ovaciones se funden en el aire dorado y asfixiante de la plaza con el alegre cascabeleo de las mulillas, que acaban de desaparecer por la enorme puerta de caballos, arrastrando el tercer toro de la tarde... Ahora, el aplauso, cerrado, indescriptible, es para el ganadero. Y en el palco de honor, junto a la autoridad que preside la lidia, el conde y Mercedes, la gentil condesita de los ojos verdes, que la felicidad de esta hora arrasa en lágrimas, reciben de pié el homenaje de cariño.

Cuarto toro. Se diría que ya no es posible esperar nada mejor. En muchos años de historia taurina no hay recuerdo de una tarde como ésta. Lidiadores, toros, muchedumbre abigarrada y luminosa, sol augusto e implacable de Extremadura en un cielo más español que nunca. Una rara concreción de todo lo unánimemente grande, de la voluntad de superarse rebasando dimensiones...

Y por encima de todo, aparte de todo, Enrique, el diestro de moda, aristócrata y universitario a la vez, que saltó a los ruedos de España desde las nieblas londinenses para enseñar no cómo se mata un toro, sino cómo se mata bellamente. Su arte es un juego único de valor y de cálculo, desconocido hasta ahora. Ritmo y exactitud cerebral; cada suerte pensada y resuelta como una ecuación, pero

ejecutada con la vida y el nervio de quien sabe regir en todo momento el corazón, cuando lo pone con sinceridad y sin trucos de cara a la muerte.

Desde el primer lance, la plaza entera, hipnotizada, queda presa en los giros de aquel capote mágico.

Hay un silencio hondo, anhelante. En el círculo azul que la plaza recorta sobre el cielo, un revoloteo casto y brillante de mariposas blancas. De pronto estalla una nueva ovación...

Aparece el cuarto toro, lento, magestuoso. Es negro, de un negro luminoso de seda. Sobre la arena fulva, dorada de sol, el soberbio animal destaca su perfil esbelto como el dibujo de un tapiz goyesco...

Enrique lo recibe con seis verónicas exactas, alegres. El toro, otra vez lento y magnífico, se encamina hacia el primer picador de turno.

Un grito agudo y lancinante de mujer conmueve la plaza... ¿Dónde? Todas las miradas se clavan en el palco presidencial... Mercedes, la gentil condesita, llora contra el pecho de su padre atónico. De pronto, como enloquecida, se aparta de él... «¡Papá, papá!... ¿Qué has hecho?... Nunca podía esperar eso de tí»... Y desgarraba entre los dientes su pañuelito de blonda, en una congoja de sollozos.

—¡Mi Clavel—repetía—mi Clavel! ¡El toro que yo he criado como a un niño; que me seguía por todas partes!... ¡Mi Clavel!... ¡Van a matar a mi Clavel!... ¡Papá, papá!... ¿Qué has hecho?...

La lidia continúa, pero nadie atiende ya al ruedo. Cinco caballos patalean sobre la arena, en estertor de agonía, entre un vaho nauseabundo de sangre y vísceras. El presidente, azorado, hace una señal. De la plaza entera va levantándose un rumor extraño. Suena el clarín. Banderillas.

Enrique, ante el palco, brinda un par a Mercedes. Febrilmente, la condesita escribe algo que le lanza envuelto en su propio pañuelo desgarrado. El diestro recoge el envío. Descubre el papel, que tiembla entre sus manos. Cuando lo lee palidece intensamente: «Enrique, si matas ese toro, hemos terminado».

Como un autómatas, sin mirar siquiera a su prometida, va hacia la fiera. Cita. Cuando va arrancarse el animal, Enrique arroja las banderillas y se cruza de brazos. El hombre y la fiera se miran frente a frente en un desafío insensato. Luego, lento y magestuoso, el toro se vuelve buscando un caballo más.

El presidente ordena retirarlo. El público, que ya se dió cuenta de todo, aplaude, emocionado y galante. Aparecen los cabestros, cachazudos y dominadores. Lentamente, intentan rodear al toro y encerrarlo en su temible cerco; pero el toro, arrogante y bello, les hace frente en medio de la plaza; se rebela, es dueño del campo.

Un escalofrío de espanto recorre las graderías en una angustia trágica. La condesita, sola, decidida, aparece en el ruedo. Enrique corre hacia ella, seguido de los demás lidiadores. La coge de un brazo:—¡Loca! ¿Qué vas hacer?... Ella lo rechaza:—¡Déjame!... Y sigue marchando hacia el toro.

El mayoral de la ganadería se pone a su lado, dispuesto a todo: —Señorita. Que ahora no la conoce; que el animal está enfurecido.

—Sí me conoce—replica Mercedes.—Ya verás...

Sólo hay ya la distancia de unos pasos. Mercedes grita: ¡Clavell!... ¡Quieto, Clavell! Ahora más cerca: Soy yo... ¡Pobrecito!... ¿Qué te han hecho? Sigue aproximándose, y el resoplar ardiente de la fiera le agita los cabellos.—¡Vamos! ¡Ven aca! La multitud ahoga un grito... El toro ha bajado la cabeza y comienza a andar hacia Mercedes. Se para de nuevo; la mira y vuelve a humillar la testa poderosa. Entonces la condesita, muy pálida, la mirada de sus pupilas verdes ardiendo en un fulgor de alucinada, da unos pasos más; alarga un brazo hasta tocar sus dedos enjorjados el testuz de la fiera... Y el toro no se mueve ya... La ha reconocido...

Mercedes lo acaricia; lo besa entre los ojos llorando... ¡Vamos, Clavell!... Soy yo... ¡Ven, Clavell!... Y el toro, dócilmente, empieza a marchar tras de su joven ama camino de los corrales, mientras el público llora y aplaude entre los acordes de un pasodoble.

### III

(Mercedes y Enrique, sentados).

—Perdóname, Enrique.

—¡Perdonarte! ¿Y por qué?

—Por lo de ayer tarde... Luego lo he pensado. En realidad, fué un impulso de niña romántica. Ahora, hasta creo que hice el ridículo.

—Nunca es ridículo obedecer al corazón cuando el corazón manda algo noble, aunque los demás no lo entiendan así.

—Pero yo no quiero que tomes esa resolución. Tienes que volver a torear, ¿entiendes? Te lo suplico. Te lo mando... Si no, pensaré que no me quieres.

—Ya no tiene remedio. Acabo de rescindir todos los contratos pendientes. (Pausa). Quererte... Te quiero más que nunca y, desde ayer, de otro modo que hasta aquí; porque ayer he descubierto en tu alma algo que yo no podría sospechar siquiera... No insistas, Mercedes. (Pausa). Además, aunque quisiera, ya no sabré moverme ante los toros, porque cada vez que hundiese mi estoque en la carne de uno, me parecería que atravieso tu propio corazón... ¿Comprendes ahora?

—Sí. Quiero comprenderte, Enrique. (Le toma las manos y, estrechándose contra él, refugia la cabeza en su pecho).—Pero, ¿y tu porvenir?

—¡Mi porvenir! Me sobra capital.

—Tus sueños, tus ilusiones, tu gloria.

—Mi gloria eres tú, Mercedes... Soy médico, ¿no lo sabes? Ahí tienes un camino por donde puedo buscar la gloria; luchando con la muerte. Burlando la muerte al lado de un enfermo, como antes la burlaba en los ruedos. (Fijándose en una canastilla que hay cerca).—¿Y ésto, qué es?

—Para la cuestación de mañana pro tuberculosos. Ya sabes que es la fiesta de la Flor y soy en ella elemento importante.

Enrique se pone en pie. Saca un talonario de cheques y rellena una de sus hojas. La arranca del bloque y la deja sobre la canastilla, deteniendo, al mismo tiempo, a Mercedes, que se acerca, curiosa. —No tengas prisa. Ya la leerás... Es mi última corrida. (En seguida sale precipitadamente. Desde la puerta saluda sonriendo).—Espérame a comer.

Mercedes lee: «Banco de España. Cheque núm.... Páguese a la orden de la Delegación P. de la Cruz Roja la cantidad de ochenta mil pesetas»... La emoción no la deja continuar. A través de unas lágrimas lentas, silenciosas, la luz de las pupilas verdes de la gentil condesita es ahora apasionada y suave, teñida de la eterna melancolía del amor.

ELOY SORIANO. Pbro.

## PARA ELLA

Si mi musa no alcanzara los honores  
De verse en letras de oro publicada,  
Que alcance, tan siquiera, la soñada,  
Distinción de contar con tus favores.

Para tí pongo en ella mis amores,  
La pasión encendida y delicada,  
De decirte, de forma tan callada,  
Que sin tí son más fuertes mis dolores.

Tú lo sabes, mi bien, tú lo conoces,  
Tú adivinas mi claro pensamiento,  
Tú sabes el secreto de mis goces

Y mitigas mi amargo sentimiento  
Cuando llegan a mí los suaves roces,  
Del mágico vibrar de tu contento.

CLAUDIO CASARES SANGUINO